

La Práctica de la Educación Vial



UNA MARCHA POR NUESTRA SEGURIDAD VIAL



DESCARGA AQUÍ
OTROS MATERIALES



Autor: **Prof. Dagmar Yolanda Dávila Dávila**
Colegio Santa Angela - Chiclayo, Perú

Un proyecto educativo de:
Fundación MAPFRE

Con la colaboración de:
PREVENSIS
S.A.C.



Agapito es un niño nativo jebero. Los jeberos, autodenominados shiwilus, son una etnia originaria de América que habita una zona reducida de la Amazonía peruana. En su comunidad no hay

semáforos, su gente se moviliza a pie y cuando tiene que hacer largos viajes los hace en canoas o piraguas a través del río.

Los papás de Agapito, preocupados por su educación, decidieron enviarlo a la ciudad para que viva en la casa de unos tíos.

Cuando Agapito llegó a la ciudad, se sintió asombrado por sus grandes calles y avenidas, el bullicio de los autos y la velocidad con que la gente caminaba para cruzar las calles. Agapito tomó fuertemente la mano de su tío por el temor de perderse o que tal vez alguno de esos enormes autos lo lastimara. Mientras iban rumbo a casa, su tío le explicaba el significado de cada una de las señales de tránsito que encontraban en el camino, también le habló sobre el semáforo y el policía de tránsito. Agapito le preguntó a su tío por qué habían unas franjas blancas pintadas en algunas partes del asfalto. Su tío le explicó que esas franjas eran los cruceros peatonales y que por allí debían

cruzar las personas cuando querían ir al otro lado de la calle. Agapito escuchaba atentamente todo lo que su tío le explicaba: no se quería perder ni un solo detalle ya que no quería cometer errores que pudieran poner en riesgo su vida.



A la semana siguiente, Agapito fue por primera vez a la escuela. Muy emocionado, saludó a su profesora, quien lo recibió con mucho agrado. La maestra lo presentó con sus compañeros, quienes lo saludaron muy amablemente. Los niños le pidieron a Agapito que les contara cómo era el lugar de donde él venía. Muy emocionado, Agapito empezó a hablar de las maravillas que había en su pueblo, de todos los animales que conocía y de todas las aventuras que había tenido mientras vivió en su comunidad. Su maestra, en cambio, le preguntó qué es lo que más le llamó la atención de la ciudad.

Agapito se quedó callado por un instante y luego respondió:

– Hay enormes casas y los autos se mueven muy rápido. Las personas caminan tan de prisa que ni siquiera tienen tiempo de saludar a quien está a su costado. Pero lo que más me llamó la atención es que a pesar de haber señales de



tránsito, semáforos o esas rayitas llamadas cruceros peatonales, cada quien pasa por donde le da la gana sin respetar su vida o la vida de los demás. En mi comunidad no hay estos avances tecnológicos pero respetamos todo ser vivo incluyendo los animales y plantas.

Los niños escucharon atentamente. Entonces Juanito respondió:

– Tienes razón. El otro día estaba muy apurado porque no quería llegar tarde a clases, así que bajé del auto de mi papá por el lado izquierdo



y por poco me atropella un señor que venía
manejando su moto.

Teresa exclamó:

– ¡Deberíamos tener vergüenza! ¡Nosotros
siempre hemos vivido aquí y nunca hemos
pensado sobre lo importante que es seguir las
normas de tránsito!

Entonces, la profesora les preguntó a los alumnos
qué se podría hacer para que las demás personas
tomen conciencia de la importancia de ser unos
choferes, pasajeros y peatones responsables.

Los niños propusieron hacer una movilización con ayuda de sus padres y vecinos de su comunidad, así que se organizaron en grupos para realizar diferentes funciones: algunos se encargaron de los permisos que tendrían que pedir a la municipalidad para hacer su marcha por las principales calles y avenidas, otro grupo se encargó de pedir apoyo a la policía de tránsito para que los acompañe a lo largo del recorrido, y el otro grupo se encargó de confeccionar los carteles y pancartas que llevarían en su larga caminata.

Cuando al fin todo estuvo preparado, todos salieron contentos del colegio. Los padres acompañaban a sus hijos y poco a poco los vecinos se unían a la marcha que los niños habían organizado. De pronto, más y más gente se iba sumando a la marcha, incluyendo algunos conductores que por allí pasaban. A partir de ese día, cuando los conductores estacionaban sobre el crucero peatonal, los niños pedían que retrocedan para que puedan cruzar las personas, o cuando los papás querían cruzar fuera del puente peatonal o sin

respetar la luz del semáforo, los niños les hablaban para evitar que hicieran tal cosa. Poco a poco, las personas fueron cambiando, pero sobre todo porque tenían vergüenza de que sean los niños quienes pongan el ejemplo cuando las cosas deberían ser totalmente al revés. Y así, con ayuda de los niños, las cosas fueron cambiando. Agapito sintió una gran emoción cuando los niños le dieron las gracias por haber hecho que recapaciten sobre su comportamiento respecto a las normas de tránsito.



Los cuentos que conforman esta colección
son los ganadores del Concurso de
Prácticas Pedagógicas
en Educación Vial, desarrollado
como parte del programa
La Práctica de la Educación Vial- Perú.

Fundación **MAPFRE**